

der social y toda imposición que no es mandada por una necesidad imperiosa, son una usurpación: la dirección social no debe tener cabida en el orden material y aun menos en el moral; la religión debe conformarse al sentimiento de cada individuo, y la educación de los hijos debe dejarse abandonada á los padres. Además, el único objeto de toda sociedad la independencia individual, serán únicamente sus miembros los que puedan proporcionársela, á saber: los propietarios. Combatiendo en esta forma todos los privilegios aristocráticos, se consolidaban los de los ciudadanos, y por consiguiente se reprochaba la elección del doble grado. Pero si el único interés real es el de los individuos y el interés general no es más que una transacción entre éstos, la nacionalidad desaparece y se reduce á municipio. El solo gobierno verdadero será entonces el comunal, y la autoridad central se limitará á resolver las contradicciones que se originen de las pretensiones respectivas de las localidades.

De todo lo que va dicho, deducía Benjamin Constant su teoría de la monarquía constitucional, que se quedaba reducida á un oficio neutro y meramente moderador entre los principios activos: el poder ejecutivo, según su doctrina, competía á los ministros y no dependía del monarca, el cual debía atender únicamente á conservar en su esfera á las autoridades, ó mudando de ministros ó disolviendo las cámaras: lo que se formuló más tarde en estos términos: "El rey reina y no gobierna."

Con respecto á la religión, que la consideraba en sus formas y desarrollo, y en relación con el politeísmo romano, sostiene que es progresiva como toda civilización, y que lejos de fundarse en una concepción necesaria de Dios y en el encadenamiento de las cosas, es una disposición instintiva de nuestro espíritu, un sentimiento revestido de dogmas arbitrarios á propósito para satisfacer una necesidad lógica, y un vano ateísmo acompañado de una revelación suprema, que se verifica una sola vez sin ninguna autoridad más que la de la conciencia individual; que el culto vulgar de los antiguos no era sino un reflejo de las tradiciones más puras que contenían los colegios sacerdotales y los antiguos misterios; que la teología y la mitología son absurdos y aberraciones de la mente ó engaños del sacerdocio, y que en donde éste no se halla constituido y el culto se deriva espontáneo de la opinión, como en Grecia, se perfecciona poniéndose en armonía con la civilización.

Hemos querido exponer con latitud esta mezcla de la antigua enciclopedia, con las doctrinas de Kant, por la sencilla razón de que es la verdadera expresión del sistema que liberal se apellidaba á la sazón, y que amedrentaba á los reyes sin poder inspirar mucha confianza al pueblo.

Luis XVII, á pesar de que como jefe de los emigrados es de suponer que tuviese ideas

muy altas de la monarquía, se manifestó celoso no solamente de restablecer el honor primitivo de su nación con respecto de los extranjeros, sino también de consolidar la *Carta*. En efecto, después de haber disuelto la cámara, que se daba á sí misma el título de más realista que el rey, figuraron en la nueva cámara que se convocó en 1812, Lafayette, Manuel y otros personajes de igual temple. El nuevo ministerio, cuya alma, más bien que jefe, era Decazes, válido del rey, se inclinaba á las concesiones, y aunque los realistas le comprimesen y obligasen á caminar á tientas sin poderse pronunciar decididamente, fué abolida la censura, fueron sujetos al jurado los delitos de imprenta, y los editores responsables de periódicos obligados á dar fianzas, fueron considerados tan solo como cómplices en los delitos de imprenta á que contribuyeran.

Pero los liberales moderados se habían propasado también hasta el exceso, nombrando diputado, con la intención casi de abolir á la dinastía restablecida, á Gregoire (1), que había depuesto su mitra episcopal, y había sido regicida. Luis XVIII, que lo comprendía todo, dijo, al abrir las cámaras en el año de 1818: "Una inquietud vaga, pero cierta, embarga los ánimos; cada uno quisiera estar seguro de que lo presente dure; la nación disfruta incompletamente de las ventajas del régimen legal y de la paz, porque teme que la violencia de las facciones se las arranque, y se amedrenta de la expresión muy patente de sus designios."

Manifestábase en estos términos (hecho por cierto nuevo) la diferencia que mediaba entre los gobiernos y la nación: los primeros obraban en la superficie, la segunda se agitaba en el fondo en donde vivía aún la revolución, que en los primeros se había apagado. Pero aquel gobierno en vez de ponerse á la cabeza del movimiento social, cuyos estremecimientos oía, se obstinó en hacerlo retroceder condescendiendo con la voluntad de unos pocos; y las amonestaciones de sus amigos y de los que querían retraerle de los procedimientos ilegales fueron vanas. Tay-

(1) Restablecida la antigua monarquía en Francia, la elección de Gregoire era un anacronismo impudente y contrario á todos los principios de la sana política, porque este antiguo prelado, que después de haber faltado á los deberes que le imponía la santidad de su ministerio, se había escedido hasta el punto de decir: *la historia de los reyes es el martirologio de los pueblos*, no podía ser un elemento de oposición en la cámara, sino un germen de disolución contra el nuevo orden de cosas. Además, Gregoire con haber aceptado el cargo de diputado, contravenía implícitamente á sus antiguos principios, porque se declaraba miembro de un gobierno presidido por aquel poder monárquico, que él había contribuido sobremanera á destruir, y representado por el hermano de Luis XVI.

[Nota del traductor.]

herand exclamaba: "Aquello que todos los hombres ilustrados de un país, proclaman sin variación ninguna por muchos y diferentes años como bueno y útil, debe reputarse necesidad del tiempo: tal es la libertad de la imprenta. En nuestra época no es fácil engañar por mucho tiempo: entrar en una lucha en que todo un pueblo toma parte, es un error; y en el día cada error político lleva consigo peligros."—Manuel decía: "¿A qué tienden estas restricciones intempestivas! ¿á apagar el volcán? ¡pero ignorais vosotros que la llama chisporrotea á vuestros pies, y que si no le facilitais una cómoda salida estallará envolviéndoos en sus ruinas!"

Estas discusiones de la cámara puestas en conocimiento del público, se exageraban por los periódicos, por la intriga de los partidos y por el miedo que inspiraban en el vulgo; por lo cual los ánimos en gran manera se agitaban, y las asambleas electorales, las escuelas, las plazas, alentaban pensamientos hostiles. Pero el gobierno se enardecía aun más cuando veía que fuera de su gremio los pueblos se levantaban contra los reyes.

ASESINATO DEL DUQUE DE BERRY.

Entretanto el duque de Berry, heredero presunto del trono, sucumbió bajo el puñal de Louvel, 13 de Febrero de 1820 (1), cuyo

(1) A pesar de que nadie ignora el asesinato del duque de Berry, creemos muy oportuno transcribir en esta nota los pormenores de aquel hecho sobremanera en la política francesa, y cuyas consecuencias no han llegado todavía á su fin. Son muchos los escritores que han consignado en sus páginas la muerte del señor duque de Berry; pero nosotros transcribiremos las palabras de Chateaubriand, entresacadas de sus *Memorias, cartas y documentos auténticos concernientes á la vida y muerte de S. A. R. Carlos Fernando de Artois, duque de Berry*. El autor en esta ocasión pone de manifiesto todo su afecto hácia los Borbones de Francia, y tal vez se escede en elogios; pero esto no altera la verdad de los hechos referidos con exactitud, ni los pormenores más calificativos de aquel atroz asesinato cometido en la persona del heredero presunto de la corona.

Transcribiremos también en esta nota los sentimientos del señor duque de Berry, referidos por el mismo Chateaubriand, comparados con los de Enrique IV, y acompañados de algunos detalles, que pueden ofrecer materia para reflexiones serias y profundas al filósofo, que descubre muy á menudo en los grandes acontecimientos antiguos y modernos, cierta semejanza asombrosa en las circunstancias, así principales como accesorias que los acompañan. En efecto, se han hecho observaciones semejantes con respecto á algunos sucesos relativos á Napoleón y á Luis XVI, y con especialidad acerca de sus bodas con dos archiduquesas de Austria, como lo indican los historiadores del imperio. Pero volvamos á nuestro asunto y vamos á transcribir los dos trozos de Chateaubriand, traducidos con bastante regula-

asesinato fué atribuido á la casa de Orleans, á los bonapartistas, hasta el ministro Decazet y acierto por el señor marqués de las Hormazas.

"No es esta la primera vez que ha sido derramada la sangre cristiana en aquellos espectáculos que la Iglesia llama el pequeño paganismo, en los días del carnaval consagrados al viejo que lleva la guadaña. Es para los fieles una tradición de los juegos del anfiteatro y una herencia del martirio.

"El domingo 13 de Febrero, el señor duque y la duquesa de Berry, fueron á la ópera, en la que los bailes y los juegos eran adecuados á las locuras propias de aquel tiempo del año. Se aprovecharon del intermedio de un entreacto para visitar en su palco al duque y la duquesa de Orleans. El señor duque de Berry acarició á los niños, y estaba jugando con el duquesito de Chartres. El público, lleno de alegría al ver esta unión de sus príncipes, los victoreó por diferentes veces.

"A la señora duquesa de Berry la dieron al volverse á su palco con la puerta de otro palco, que abrieron al mismo tiempo en que pasaba. A poco rato, hallándose ya cansada quiso retirarse. Serían las once menos algunos minutos, y el señor duque de Berry fué á conducirla á su coche, con ánimo de volver á entrar en seguida en el teatro.

"El coche de la señora duquesa de Berry estaba ya arrimado á la puerta. Los soldados de la guardia habían permanecido en lo interior, porque hacia ya algún tiempo que no permitía el príncipe que saliesen. El único que estaba de centinela presentó las armas, y volvió la espalda á la calle de Richelieu. El conde de Choiseul, edecán de monseñor, estaba á la derecha del centinela al rincón de la puerta de la entrada, vuelto también de espaldas á la calle de Richelieu.

"El conde de Mesnard, primer caballero de la señora duquesa de Berry, la dió la mano izquierda para subir á su coche, así como á la condesa de Bethizy, y el señor duque de Berry, las daba la mano derecha. El conde de Clermont Lodève, gentilhombre de honor del príncipe, estaba detrás de él, aguardando á que S. A. R. volviese á entrar para acompañarle.

"A este tiempo llegó un hombre, por la parte de la calle de Richelieu, y pasó rápidamente por entre el centinela y un lacayo que estaba levantando el estribo del coche: dió un empujón á este último, y se arrojó sobre el príncipe, al mismo tiempo en que éste, volviéndose para entrar en la ópera, decía á la señora duquesa de Berry: "Adios, pronto nos veremos." El asesino, apoyando la mano izquierda sobre el lado izquierdo de la espalda del príncipe, le clava un puñal con la mano derecha en el lado derecho; un poco más abajo de la tetilla. El conde de Choiseul, creyendo que aquel miserable era un hombre que tropezaba con otro al correr involuntariamente, le empuja de sí, diciéndole: "Mire V. lo que se hace." ¡Lo que hizo.... estaba ya hecho!

"Impelido por el asesino sobre el conde de Mesnard, echó la mano el príncipe al lado, en

zes, y con especialidad á los liberales. Pero se averiguó que fué la obra de un solo indi-

viduo, que exaltado tal vez por la lectura de los periódicos y por el ejemplo de otros he-

chos semejantes, obró sin direccion de partidos y se sujetó impasiblemente al último suplicio. La afliccion de la casa real y de sus favorecedores, fué mitigada en parte por haberse anunciado en cinta la viuda del muerto Berry. Pero aquel golpe homicida se alegó como testo contra el descuido del gobierno; y el servilismo inspirado por la indignacion en las cámaras, las indujo á solicitar leyes restrictivas contra las doctrinas perversas que amenazaban destruir la religion, la moral, la monarquía y los derechos. Por lo tanto se cercenó la libertad personal y periodística, castigándose de esta manera á la nacion por la perpetracion de un crimen que no queria considerarse como un hecho aislado. La cámara, elegida bajo las nuevas influencias, retraía al monarca de la moderacion, y el ministro Villèle se propuso sofocar lentamente la revolucion.

Los mas acalorados, que no podian dar rienda suelta á su ira por medio de la prensa, la reconcentraron toda en las sociedades secretas, y la de las carbonarios tomó ensanche; por lo que en el año de 1820 estalló una sublevacion en Paris, que se extendió á muchos otros países, y en el año de 1822 hubo otros cinco motines, que dieron un golpe en vago porque carecian de aquella fuerza que se deriva de la discrecion y de la que suministra la audacia.

Los jefes del levantamiento de la Rochela espiraron en el cadalso; y el general Breton y sus compañeros, condenados á pena capital, murieron en Saumur gritando ¡viva la república! Pero, mientras que el pueblo dejaba obrar al gobierno, porque aquellas conjuraciones eran de la clase media y no de las clases populares, la monarquía se robustecía castigando á sus enemigos, y obraba en sentido reaccionario. En los actos judiciales se hacian figurar como jefes de aquellos trastornos á Lafayette, á Manuel, á Constant, el general Foy, al banquero Lafitte, y se suponía, que un personaje muy alto, contra el cual nadie se atreveria á dirigir sus golpes, prodigaba consejos y dinero. En cambio, se denunciaba al conde de Artois como jefe de un gobierno oculto, que esparcía por todas partes agentes realistas con objeto de restablecer la monarquía absoluta.

Hemos hablado en otro lugar de la expedicion contra los liberales de España y de sus faciles triunfos, que se quisieron desdichadamente exagerar en Francia, para que sirvieran de aureola al duque de Angulema, y condecoraran al pacífico estandarte blanco con laureles que muy poco la convenian.

Y por lo tanto Chateaubriand intentó vanamente engañar á los presentes y venideros, ponderando aquella expedicion con el nombre del acto mas político y mas robusto de la restauracion (1), pues que los liberales advirtieron en ella una baja condescendencia con la política de los aliados, y el propósito de sembrar allende los Pirineos el despotismo para implantarlo luego en Francia, é imitar lo que los extranjeros habian hecho en la misma Francia revolucionada, esto es, imponerle una forma de gobierno interior. En esta oportunidad Manuel dijo: "El espíritu de revolucion es peligroso, pero lo es tambien el de la contra-revolucion. Las re-

la ternura del señor duque de Berry para con su esposa: amaba á esta princesa como á la madre de los monarcas futuros que habian de asegurar el reposo del Estado: el amor de la patria aumentaba en él el amor paterno. Sin embargo de todo esto se veía acosado de ideas lúgubres.

Existe en Francia una cierta clase de hombres, ó de abortos revolucionarios, que jamas pueden definirse bien, y son la misma villanía viviente, y si así se quiere llamar personificada, que tiene por alma el crimen. Estos hombres, envueltos en el desprecio bajo un gobierno regular, están reprimidos, y para dar salida á la voz de su conciencia, recurren á las cartas anónimas. Estas cartas no son otra cosa, por decirlo así, sino la copia de las páginas de aquel libro eterno, en donde están escritas las atrocidades del pensamiento. Muchas veces le habian dirigido al señor duque de Berry cartas de esta especie, y se habian multiplicado en los últimos tiempos, siendo su estilo cada vez mas atroz. Al príncipe le habian causado bastante impresion, bien tuviese ya presentimientos secretos, ó bien porque no pudiese desconocer tampoco los síntomas de una disolucion social.

Tambien Enrique IV habia presentado su fin. "Por Dios que yo moriré en esta ciudad, repeta á Sully: jamas saldré de ella: me asesinarán. Veo muy bien que ponen todo su último recurso en mi muerte." En esta ocasion dijo á María de Médicis! "Amiga mia, si esta consagracion no se hiciera el jueves, os aseguro que pasado el viernes no me volveriais á ver." Tambien la dijo en esta ocasion. "Pasad, pasad, señora regenta." En otra ocasion dijo á Mr. de Guisa: "Vosotros ya no me conocéis; pero moriré un dia de estos, y cuando no me hayais perdido conoceréis lo que valia." Bassompierre, que estaba presente, quiso distraerle con ideas menos tristes, haciéndole una enumeracion de sus felicidades. Enrique principió á suspirar; y le replicó: "Amigo mio, será al fin preciso olvidar toda esa prosperidad. "Era forzoso, dice Perefex, que hubiese muchas conspiraciones contra la vida de este buen rey, pues le habian dado aviso de ello de veinte partes, y se hizo correr la voz de su muerte en España y en Milan; y pasó un correo por la ciudad de Lieja ocho dias antes que fuese asesinado, y dijo que llevaba á un príncipe de Alemania la noticia de que habia sido asesinado el rey de Francia. ¡Qué semejanza tan singular! La muerte del señor duque de Berry fué tambien anunciada de antemano por viajeros, por cartas y por correos. La noticia era pública en Londres ocho dias antes del acontecimiento. Ultimamente el duque de Berry tenia que perecer, como Enrique IV, en una fiesta."

Pero despues de haber trascrito lo que nos ha dejado consignado Chateaubriand sobre la muerte del duque de Berry, diremos unas pocas palabras acerca del asesino Louvel.

A pesar de que el señor duque de Berry pidió con instancia y mucha generosidad la gracia de Louvel á Luis, éste no quiso concedérsela, no tan

Y por lo tanto Chateaubriand intentó vanamente engañar á los presentes y venideros, ponderando aquella expedicion con el nombre del acto mas político y mas robusto de la restauracion (1), pues que los liberales advirtieron en ella una baja condescendencia con la política de los aliados, y el propósito de sembrar allende los Pirineos el despotismo para implantarlo luego en Francia, é imitar lo que los extranjeros habian hecho en la misma Francia revolucionada, esto es, imponerle una forma de gobierno interior. En esta oportunidad Manuel dijo: "El espíritu de revolucion es peligroso, pero lo es tambien el de la contra-revolucion. Las re-

(1) He aquí uno de los borrones mas indelebles que han manchado la fama política de Chateaubriand, y que imprimieron á la Francia constitucional, el sello de la contradiccion política en la forma del gobierno que habia adoptado. Desde entonces la Francia ya constitucional ya republicana, ha tomado siempre la iniciativa en el absolutismo con respecto á la política exterior. Nosotros podriamos hablar mucho sobre el particular, pero considerando que el objeto en cuestion es muy delicado, nos limitaremos á enunciar una máxima general, tal vez conocida, pero no practicada. "Cualquiera nacion, que quiera reconquistar sus derechos, debe temer siempre la intervencion de las bayonetas extranjeras aun cuando éstas se proclamen defensoras de los derechos del hombre, y tener por seguro que los mismos gobiernos, que se apoyan en el poder monárquico, aunque constitucional, abogan para reconcentrar cada vez mas los poderes de la corona." Sin embargo, un gobierno monárquico, que se respeta á sí mismo, no debe abrazar públicamente una política exterior contraria á la de su propio país, porque procedimientos semejantes alteran la fe nacional, conocen desde luego que su existencia bajo formas liberales es precaria; pues que es consiguiente, que un gobierno representativo, que aboga en favor del restablecimiento del absolutismo en otro reino, cuyos súbditos reclaman garantías constitucionales da á entender que no hace lo mismo con respecto á los suyos, porque no tiene bastante fuerza para satisfacer todas las ambiciones del poder. En efecto, desde el primer momento en que se verificó la intervencion francesa en España, el gobierno de Luis XVIII perdió gran parte de su prestigio, y así su conducta gubernativa como las palabras de Chateaubriand, "que la intervencion en España era el acto mas político y mas robusto de la restauracion," prepararon los ánimos á los acontecimientos que han perpetuado la memoria del ministerio Polignac. Nosotros creemos, que uno de los principales defectos de Chateaubriand consistia en ser mas teórico que práctico, y en haber adoptado la falsa doctrina de que las revoluciones son mas bien sucesos accidentales que consecuencias de hechos ya consumados por la ley del progreso moral del hombre. Chateaubriand fué un gran poeta tanto en literatura como en política.

solo por la atrocidad del crimen, sino tambien porque semejante perdon hubiera producido un escándalo en toda Europa. Louvel, pues, fué condenado al último suplicio por la cámara de los pares, pero tuvo bastante fuerza de ánimo para arrostrar la muerte con valor, y protestó hasta su fin no tener cómplices de ninguna especie.

(Nota del traductor.)

(Nota del traductor.)

(Nota del traductor.)

(Nota del traductor.)

voluciones que caminan hácia adelante pueden escederse, pero andando adelante á lo menos se llega. Si creéis que Fernando de España se halla en peligro, no renovad las circunstancias que arrastraron al patíbulo á los que os inspiran tan vivo interés. La intervencion extranjera en la revolucion francesa, precipitó á Luis XVI..... "Estas frases y el valor frio del orador, hicieron estallar la indignacion de los realistas, que violando (Marzo de 1823) la independencia de un representante del pueblo, hicieron arrastrar á Manuel por los gendarmes fuera de la sala de los diputados. Así es, que despues de haber impuesto trabas á la imprenta, querian imponerlas tambien á la palabra. Pero la razon conculcada por la fuerza debia triunfar.

Sin embargo, la victoria y aquellos grandes golpes de los realistas dieron al gobierno, como siempre acontece, cierta popularidad, é inspiraron bastante confianza al ministro Villèle para hacer retroceder la Francia hasta el absolutismo. En efecto, disolvió la cámara para convocar otra que le fuese mas adicta, y las nuevas elecciones salieron conformes á los manejos y esperanzas de los realistas, pero los individuos separados de las cámaras formaban un cuerpo numerosísimo de enemigos; y la ley que dilataba hasta siete años la duracion de esta cámara, que se debía, trascurrido este término, totalmente renovar, se reputó una infraccion de la Carta. Es cierto que la legitimidad de los pueblos reside en las elecciones, y que el que atente á estas los incita á atentar contra la legitimidad de los reyes.

A los intereses políticos se juntaban ahora los religiosos, ya que bajo Napoleon, en cuya época las prisiones y las deportaciones habian ocupado el lugar de la razon, no habia quedado libre el campo para discutir acerca de los privilegios de la Iglesia y de sus relaciones con el Estado. La Carta de 1815 al declarar que la religion del Estado seria la católica y que los demas cultos estarían bajo la proteccion gubernativa, habia quitado á la primera la libertad concedida á los segundos; y la alianza entre el trono y el altar, en vez de realizar aquel, habia rebajado á este. El concordato con Francia costó á Roma mas penas que le habria costado con cualquiera otra potencia, por no haber querido abandonar las ideas de temor y respeto que inspiraba en un tiempo y en un Estado que habian ya parecido. El gobierno se inclinaba á la religion, pero no se atrevia á manifestarlo francamente; y tachando con frecuencia de abusos algunas verdades que los obispos anunciaban en sus pastorales, les obligaba á dar sus cuentas y dejaba difundir no tan solo los libros irreligiosos, sino tambien los inmorales, que esparcian en el vulgo incredulidad y libertinaje, aun mas de lo que se habia osado en tiempo de los enciclopedistas. Desde el año de 1817 hasta el de 1824 se sacaron á luz doce ediciones de

Voltaire y trece de Rousseau, y se pusieron en circulacion dos millones setecientos cuarenta y un mil cuatrocientos volúmenes atestados de aquellas doctrinas; mientras por otra parte tornaba en voga el racionalismo en las escuelas y *Jouffroy* escribia en 1825. *Cómo los dogmas se acaban*, sosteniendo que era una mera moda aquella recrudescencia del catolicismo, y que muy luego volveria á quedar sepultado (1).

(1) Despues de la revolucion francesa de 1789, cambió completamente así el estado de los monarcas como el de los pueblos. En la época anterior y mas próxima á aquella gran revolucion, los pueblos agradecian á sus gobernantes las concesiones que éstos les otorgaban, porque las ideas del poder absoluto y del derecho divino se habian popularizado y encarnado desde largo tiempo, hasta el punto de que eran pocos los que creian que existian derechos individuales imprescriptibles, y que cuando el poder hacia concesiones debian éstas considerarse mas bien como una restitucion, que como un otorgamiento generoso. Napoleon restableció el poder absoluto, y organizó el poder despótico como no se habia conocido ya desde tiempos inmemoriales. Pero la revolucion moral se habia consumado en Europa en el trascurso de tiempo, que habia mediado entre la república francesa y el imperio; de suerte que Napoleon debía el ejercicio de toda su autoridad á la gloria militar, y á aquel espíritu de conquista que habia exaltado los ánimos de los franceses. En efecto, cuando Napoleon dijo en el lecho de muerte: "Quiero que sepa la Europa que era mi intencion dar instituciones liberales á los pueblos luego que consolidara mi trono." Estas palabras no eran mas que la expresion del siglo, y la prueba mas brillante de que Napoleon habia llegado á comprender el espíritu y las tendencias de la época en que vivia, y conocido, que sin el prestigio de las continuas victorias, no podia mantenerse en el ejercicio de un poder absoluto.

Cada época graba en el ánimo, no tan solo del vulgo sino tambien de las personas del rango mas elevado, un timbre especial y casi instintivo, segun los acontecimientos y las ideas dominantes; así es, pues, que en la época de la restauracion, los primeros impulsos de los reyes fueron liberales; pero en el congreso de Viena las potencias vencedoras, fijando sus miradas en lo pasado en el absolutismo establecido por Napoleon, creyeron poder verificar un retroceso en la constitucion politica de los pueblos, para volver no solo al sistema antiguo, sino al establecimiento de un órden de cosas convenientes á los intereses de la monarquía pura, cuyo dogma principal era una completa reaccion contra el liberalismo y su punto de apoyo la Santa Alianza. El Austria y Metternich, que no supo nunca comprender las tendencias del siglo y mucho menos los recursos duraderos de que podia haber echado mano la monarquía, pusieron en juego todos los medios que estaban á su alcance para restablecer el absolutismo; y nadie ignora que las constituciones, que se concedieron entonces á algunos pueblos fueron una medida precaria para

Las conciencias timoratas se asustaban ante tan inminente peligro y procuraban impedir sus efectos con misiones y sociedades encargadas de difundir los buenos libros. Los pasados trastornos que habian desalentado á muchos y despechado á otros, hacian ahora experimentar la necesidad de educar

apagar la llama del liberalismo, que habia tomado cuerpo, durante los últimos años del imperio francés. Semejantes proyectos llevaban consigo como una consecuencia inevitable la desconfianza entre pueblos y tronos, y la adopcion de los términos medios, así como la inestabilidad del poder. Esto fué lo que sucedió á la sazón en Francia. Luis habia promovido las instituciones liberales, y concedido á sus pueblos mas de lo que podian apetecer, no por conviccion, sino por sus intereses particulares, como en otro lugar de esta historia ha notado César Cantú. Pero luego que creyó que su trono no estaba ya espuesto á peligros inminentes, mancomunando sus nuevos intereses con los del partido realista y afectado á las instituciones antiguas, empezó bajo varios pretextos á introducir reformas anti liberales, y manifestando un carácter débil, que no le permitia descargar golpes decisivos, acudió á expedientes ineficaces que exasperaban los ánimos y no consolidaban su trono.

La intervencion de España, que hemos indicado ya, fomentada por las potencias del Norte, no era mas que una preparacion para llevar á cabo planes mas vastos; pero ni Metternich, ni las potencias del Norte habian llegado á comprender, que la España por sus instituciones políticas ya inveteradas y por la guerra de la independencia, que les habia consolidado en vez de destruirlas, se encontraba en un estado escepcional, y muy distinto del de Francia; así que el restablecimiento del poder absoluto en la Península ibérica, no hizo mas que deshonrar el pendon de Francia sin consolidar el trono de Luis. En efecto, mientras los franceses peleaban contra los liberales españoles, y sofocaban los gemidos de los constitucionales, en Francia el partido liberal se estremecia y cobraba odio contra Luis y su restaurada dinastia. Cuando se verificó la muerte del duque de Berry, aquel asesinato se atribuyó al fanatismo de un solo individuo; pero los que reflexionaron mas detenidamente sobre el hecho, lo interpretaron de diverso modo, y dijeron que el fanatismo de uno solo tenia su raíz en el descontento de todos los que habian llegado á penetrar que las instituciones liberales eran provisionales, porque no entraban en los nuevos proyectos y planes de la restauracion. Lo que va dicho tiene tambien en su apoyo los hechos posteriores; y á decir verdad, la exclusion del trono del duque de Burdeos, no fué como algunos lo han comprendido, una consecuencia del destronamiento de Carlos X, sino la manifestacion de los rencores que alimentaban la Francia contra la restauracion. Pero de esto hablaremos luego en otra nota, porque no queremos anticipar la narracion de los hechos que forman parte de esta historia.

(Nota del traductor.)

á la juventud con ideas y hábitos muy diferentes, entre los cuales ó por los cuales se habia originado el desórden. Pero como motivo de que á la nueva educacion no se la habia sabido armonizar con las necesidades del entendimiento y del corazon, muchos mandaban sus hijos á los colegios de los padres de la fe. Bajo este nombre se disfrazaban entonces los jesuitas, que escudándose con las libertades nuevas, procuraban recobrar su influencia en la educacion y en las cosas del Estado, para lo cual recorrian las provincias, las montañas y las prisiones con objeto de dirigir lo perteneciente á las almas. Con esta oportunidad, toda la ira que se habia concebido contra el clero, se concentró en ellos que eran sus representantes mas feroces. En efecto; se les culpaba de todo lo que se hacia en sentido religioso y las cosas mas encontradas se atribuian á los jesuitas [1], cuyo nombre era un improprio que se aplicaba á toda persona odiada ó temida. Por lo cual el miedo de incurrir en tan enorme tacha, retraia á algunos de profesar las verdades católicas, y á muchos buenos los tenia en la irresolucion de los términos medios.

Algunas farsas de aquel tiempo intentaron renovar un pasado que todos rechazaban: un Martin de Chartres, decia haber tenido revelaciones, y las referia al rey; un Mignet aseguraba haber visto una cruz en el aire, y últimamente se veian por do quiera misioneros

[1] Recordarán nuestros lectores, que al hablar de los jesuitas nos hemos mostrado muy ajenos de declararlos sus enemigos, y que hemos calificado de calumnia todos los vituperios que algunos novelistas infames han prodigado contra tan respetable Compañía; pero esto no puede de ninguna manera altorar nuestra imparcialidad ni impedirnos emitir algunas reflexiones oportunas para el caso. El restablecimiento de la Compañía de Jesús promovido como hemos apuntado en otra nota, por los monarcas y tambien por un gran príncipe cismático y el mas absoluto entre los reyes, no podia de ninguna manera avenlajar á los nuevos jesuitas. El gobierno francés, pues, habiéndose servido de su ministerio, aunque indirectamente para llevar á cabo sus proyectos, perjudicó sobre manera á la Compañía restablecida, y porque Francia ha tenido siempre mucha influencia en los asuntos de toda Europa, el odio contra los jesuitas tomó incremento cada vez mas, atribuyéndoseles todas las medidas gubernativas anti-liberales. Son muy pocos los hombres ilustrados que saben distinguir una buena institucion de sus abusos, y la santidad del catolicismo de los proyectos de una mala política. En efecto, los jesuitas, y sus adeptos, despues de la restauracion no solo no han conseguido granjearse el afecto de los pueblos y reconquistar su antiguo prestigio, sino que por el contrario han llegado á ser blanco de la calumnia, la cual se ha generalizado hasta contagiar las conciencias mas timoratas.

[Nota del traductor.]

y se oían letanías, por lo cual la irreligion pareció entonces medio de resistencia [1]. Algunos, desenterrando las tradiciones parlamentarias, no obstante haber pasado ya la revolución, exigían la intervención del Estado en muchos puntos de disciplina religiosa al paso que otros, á quienes parecía pusilanimidad, ó tal vez mentira, el susto que inspiraba el medrar del clero en un país en donde había libertad muy amplia para contrariarlo y ridiculizarlo por medio de la prensa, sostenían en nombre de la libertad, que debía dejarse una completa independencia en hecho de disciplina á los ministros de las varias religiones, y que pertenecía á los fieles arreglar sus creencias conforme á las impresiones producidas por los dogmas y la disciplina. De aquí, pues, se originó la oposición religiosa, á cuyas necesidades opinó satisfacer Luis XVIII nombrando ministro de cultos á Frayssinous, obispo de Hermópolis, con especial encargo de vigilar las universidades y á sus profesores. Este prelado, que pertenecía á la antigua escuela francesa, veneraba las libertades de la Iglesia galicana, en virtud de las cuales no se pudo publicar el jubileo del año de 1825 sin autorización del gobierno. Se estableció, además, una nueva Sorbona para que sirviera de centro á los estudios eclesiásticos en sentido galicano. Frayssinous quería emanciparla de la potestad pontificia y de la del arzobispo de París; pero éste, que era Quelen, sostuvo su

[1] Así como un gobierno que hace alarde de incredulidad, desmoraliza al pueblo y destruye paulatinamente su poder, el que cree adquirir prestigio inventando milagros, ó dando oído á sus partidarios, que acuden á revelaciones y otras cosas por el estilo, se ridiculiza á sí mismo. Los franceses acababan de salir de una revolución que había derribado con solemne impiedad los altares y los tronos. Los mismos realistas en la época que vamos recorriendo, defendían la religión mas bien por interés que por sus propias convicciones; y las demás clases de la sociedad, si no profesaban los principios de la Convención, se habían adherido á las nuevas doctrinas del racionalismo, y á la idea de que los dogmas estaban sujetos á reformas. El gobierno mismo, finalmente, como ha notado nuestro autor, no tenía bastante poder para poner un dique á la corriente anti-religiosa, así que no osaba impedir la circulación de las obras mas incrédulas y obscenas. El estado, pues, en que se hallaba la Francia, era muy opuesto al rumbo que se pretendía dar á su marcha; y tanto las revelaciones de Martin Chartres como la cruz aparecida en el aire tan solo á Mignet, no podían producir sino resultados enteramente contrarios á los intereses de la monarquía. En efecto, los supuestos milagros exapalaron sobremanera, é hicieron suponer, como dice César Cantú, que se podía hacer de la irreligion un medio de resistencia; de suerte que prepararon los ánimos á oponerse mas y mas á la restaurada dinastía.

(Nota del traductor.)

jurisdicción amenazando escomulgarle; y el negocio no pasó adelante. Sin embargo, cuando el cardenal Clermont-Tonnere, arzobispo de Tolosa, denunció en una pastoral la incredulidad del siglo que ridiculizaba todas las cuestiones religiosas, é insistió en que se restablecieran los sínodos diocesanos y provinciales, la independencia de los ministros de la religión, las solemnidades y muchas órdenes religiosas, su pastoral fué suprimida y calificada de abusiva. En estas circunstancias el partido religioso (que partido fué entonces) hizo grandes reclamaciones, y por lo tanto mezclándose las sublimes verdades de la fe con los negocios políticos, hemos visto por fin los fuertes adalides que se levantaron en favor de la independencia de la Iglesia. El clero, que se acordaba de su estado anterior, lo prefería á una protección que no le valía mas que nuevos estorbos por parte de sus protectores y ataques sañudos por parte de sus enemigos. Pero mientras que el clero se quejaba de las trabas que se le imponían, los seglares clamaban contra la autoridad que este se arrogaba cada vez mas; y no solo las cámaras, sino también los tribunales se declaraban en contra; "esta espada, cuyo puño está en Roma y la hoja en todas partes [Dupin]." Montlosier afilaba toda especie de armas contra los jesuitas renacientes, contra el ultramontanismo, contra las corporaciones religiosas, que osaban juntarse todavía en la soledad para gemir y manifestar el arrepentimiento de sus faltas; y contra la temeridad de los obispos, que pretendían poner en alarma á sus ovejas. Así es, que mientras no se sabía poner freno á las sociedades políticas secretas, se espía ansiosamente á los hermanos de la doctrina cristiana y á los de San Vicente de Paula, que se dedicaban á la instrucción y á las obras de beneficencia.

Estos procedimientos lo convertían todo en instrumento de oposición y resistencia. Pero los opositores que tendían á desmoronar, no tenían preparada ninguna reforma para el caso del triunfo; y toda su táctica se reducía á separar, destruir y vilipendiar, en vez de amar, sostener y abrazar.

La literatura en estas circunstancias tomó á su cargo un papel airoso y magnífico. Napoleón había avezado á los periodistas, que por lo demás tenía encadenados, á dirigir sus miradas hácia los gobiernos extranjeros y á enconarse contra sus enemigos. Según esto que habían aprendido, apenas se vieron sueltos de las trabas, se manifestaron audacísimos y constituyeron, á decir verdad, un cuarto poder en el Estado. Todo lo que podía ocasionar pena á los Borbones se exageraba, y Napoleón tan maldecido tornó á ser popular. Las canciones de Beranger, que eran una verdadera arma á propósito para la guerra [1], hacían admirar y compadecer á

[1] Convien la Muse á fabrique de pou-dre!

aquellos veteranos obligados ahora á no matar ni á dejarse matar, y cuyas figuras millares de veces reproducidas en litografía, representaba continuamente Vernet como un nuevo instrumento potentísimo para difundir la ira y el desprecio; y la *Mesénias* de Delavigne escitaban un valor, cuyos ejemplos iban pereciendo, y aquel amor á la patria, que alza sus llamas cuando se amenaza, y se adormece cuando está segura. Pablo Courrier, que se había convertido en libelista muy ingenioso, como Pascal y Montesquieu, después de haberse ejercitado en severos estudios, introducía en las cuestiones vitales las preocupaciones y las pasiones de su partido con una mordacidad seductora y un escarnio irremediable, que arrancaban la risa desde el fondo del corazón, poniendo en caricatura á la aristocracia, á los cortesanos, y á los ociosos. Los mejores se mostraban contrarios á los Borbones (1); y Chateaubriand, tan adicto á la bandera blanca, después que fué separado por Villèle del ministerio de negocios extranjeros, sin declararse en abierta guerra contra los realistas, comenzó á inclinarse á la oposición para poderse á lo menos desahogar, diciendo, "yo habría aconsejado al gobierno hacer esta cosa ó la otra." Pero el gobierno, que recelaba de los ingenios que aspiraban á triunfos populares en los periódicos y en la cátedra, no habiendo podido conseguir la abolición de la censura, estableció penas muy duras contra los abusos, y la sujetó al fallo de los tribunales. Algunos periódicos fueron suspendidos, otros comprados; y á algunos profesores se les privó de las cátedras.

Es una indiscreción enemistarse con las personas entendidas, cuando es vedado se-
pultarlas en el fondo de una torre (2) porque

(1) Todos los pueblos suelen prodigar elogios á los gobiernos pasados en menoscabo del que rige; pero cuando sus reminiscencias no tienen un fundamento sólido, porque el gobierno presente satisface las necesidades de la nación sujeta á su poder, los elogios en favor del pasado orden de cosas, se debilitan cada día mas. Pero si la opinión pública se pronuncia favorable al régimen caído, y toma visiblemente incremento, cierto que el nuevo gobierno debe tener vicios radicales, que le quitan el prestigio y el afecto de los gobernados. Esto fué lo que precisamente sucedió en Francia en la época de la restauración, y sus consecuencias acabaron con la dinastía antigua.

(Nota del traductor.)

(2) Esta sentencia de nuestro autor, esta fundada en la experiencia; pero examinada bajo todos sus puntos de vista, es el áncora de salvación de la sociedad moderna. Hoy no es ya posible sofocar las luces y anonadar los principios avanzados, porque los medios de instrucción están tan propagados y difundidos, que sería locura pretender destruirlos ó sofocarlos. Aun cuando el poder llegue hasta el exceso de encerrar en el

vuelven á levantarse mas robustas. Los pensadores ofendidos ó indisuestos contra el gobierno, convirtieron sus preceptos en una polémica, y cada hecho histórico en una alusión; se prodigaron elogios ó censuras en sentido contrario á las tendencias superiores, y las cuestiones políticas se espesaron en teorías filosóficas sobre el origen del poder. ¿Derívase este, decían, de Dios ó del hombre? ¿de un contrato social ó de la revolución?

fondo de un calabozo á los que se constituyen en apóstoles del liberalismo, quedan sus adeptos esparcidos en todas las clases de la sociedad; y es menester destruir á ésta para acabar con aquellos. Por lo demás es de considerar, que los medios de comunicación entre los diversos pueblos, son tan rápidos y fáciles, que la difusión de las luces sale de la esfera de toda persecución gubernativa. En efecto, en donde hay inquisición política, abundan sobremanera los libros que abogan en favor de los principios radicales, y se leen con mas avidez que en los países libres. Llegadas las cosas á este punto, á los gobiernos no les queda mas recurso que dirigir la marcha intelectual; pero esto no se puede conseguir con los premios y las recompensas, porque tienen un límite y no pueden abrazar sino un reducido círculo de individuos, á quienes se culpa muy amenudo de esclavos vendidos; pues el remedio mas acertado, es el de propagar las buenas instituciones, y dar á conocer con el hecho, que así la monarquía, como la democracia, pueden cooperar á la felicidad común, cuando las leyes se están en oposición con los principios de la justicia y el bien de todos. Los gobiernos que se acogen al pendo de la arbitrariedad, y echan mano de las medidas coercitivas, no hacen mas que preparar revoluciones sangrientas y desacreditarse respecto de los demás. Es también de considerar, que aun cuando un pueblo no puede manifestar sus justos lamentos ni defender sus derechos, no faltan escritores de otras naciones que abogan en favor de los oprimidos, y consolidan la opinión de toda Europa contra la maldad de pocos. Nosotros respetamos sobremanera el orden establecido por todos los gobiernos y también la legitimidad sin discutir sobre el particular, porque no entra en nuestro plan; pero reparando en ello, vemos, que hoy el derecho divino de los reyes, la legitimidad, y los principios de la Santa Alianza, no se defienden con ahínco ni se rechazan con fuerza, lo que nos da á conocer, que ha prevalecido ya una especie de indiferentismo acerca de las teorías gubernativas respecto de los hechos; y los gobernantes no pueden contar hoy con las convicciones y el prestigio personal como en otra época. En efecto, aunque después de la restauración Luis XVIII y Carlos X, hicieron todos los esfuerzos para dar lustre al que llamaban todavía el trono de San Luis, el primero no pudo nunca tener en su favor la opinión de los franceses; y el segundo que quería robustecerse derogando la *Carta*, se encontró en el duro trance de deber abdicar todos sus derechos para salvarse con un voluntario destierro.

(Nota del traductor.)